

¿Y ahora, qué vamos a hacer?: los roles familiares en momentos de crisis en dos fábricas textiles del Valle de México

Monserrat Cabrera Castillo*
Mario Camarena Ocampo**
Lourdes Villafuerte García**

Resumen: En este trabajo abordaremos la manera en que dos conflictos laborales afectaron la vida familiar de los habitantes de los barrios obreros de La Fama Montañesa y Las Calles. Partiremos de los conflictos: intersindical de la Fábrica de La Fama Montañesa (1939-1941) y el laboral de la fábrica de La Magdalena (1967-1971). A través de la memoria de las familias descubrimos la manera en que los obreros y sus familias construyeron sus relaciones dentro y fuera de las fábricas, mismas que les permitieron sobrevivir en los momentos de crisis, así como los cambios de roles que experimentaron en los hogares y barrios durante los adversos años de huelga.

Palabras clave: Conflictos laborales, Fábricas, familias, huelga.

Abstract: In this work we will address the way in which two labor conflicts affected the family life of the inhabitants of the working class neighborhoods of La Fama Montañesa and Las Calles. We will start from the conflicts: inter-union of the La Fama Montañesa factory (1939-1941) and the labor of the La Magdalena factory (1967-1971). Through the memory of the families we discovered the way in which the workers and their families built their relationships inside and outside the factories, which allowed them to survive in times of crisis, as well as the changes in roles they experienced in homes and neighborhoods during the adverse years of strike.

Keywords: Labor conflicts, factories, families, strike.

Fecha de recepción: 5 de noviembre de 2019

Fecha de aprobación: 8 de enero de 2020

En 1967, cuando la huelga de la fábrica de la Magdalena Contreras Don Alfredo Anaya nos dice: mis hermanos [...] empezaron a trabajar de cerillos (empacadores) en los súpers [sic], [...] a buscarle [...] otras fuentes de ingresos, porque era muy difícil estar así, en la huelga sin tener que comer.¹

Contaremos aquí dos historias, dos momentos de crisis provocados por conflictos laborales, en los que la memoria de los protagonistas es el centro. Los intérpretes de estas historias son las familias de dos barrios obreros de la industria

textil del sur de la Ciudad de México en tiempos de crisis: el conflicto intersindical de la Fama Montañesa (1939-1941) y el laboral de La Magdalena (1967-1971).

* Escuela Nacional de Antropología e Historia, INAH.

** Dirección de Estudios Históricos, INAH.

¹ Entrevista realizada por Monserrat Cabrera Castillo a Alfredo Anaya, 17 de mayo de 2009.

Si bien ambos procesos están separados en el tiempo por 30 años, consideramos que son comparables porque comparten diversas características: ambos conflictos ocurren en fábricas textiles; ambas localidades en la entonces zona rural del Valle de México; los dos conflictos son percibidos por los trabajadores como huelgas, pero fueron paros patronales; en los dos casos las relaciones familiares fueron el eje de la organización en las fábricas y en el sindicato; en ambas situaciones, la familia y su reorganización permitieron la sobrevivencia de sus miembros. Estos conflictos tuvieron múltiples expresiones más allá de lo laboral y sindical, pues alcanzaron y afectaron las vidas de las personas en sus relaciones sociales y familiares.

En lo que se refiere a la familia, desde el punto de vista cultural, la separación de tan sólo 30 años no significa un gran cambio, pues la familia es una de esas instituciones que tardan mucho tiempo en evolucionar,² lo cual hace viable la comparación entre las crisis de las fábricas La Fama y La Magdalena porque las ubicamos en un mismo momento histórico.

Estos conflictos tienen múltiples expresiones pero a nosotros nos interesa tratar aquí la manera en que el conflicto laboral afectó la vida cotidiana en los ámbitos barrial y doméstico. En lo inmediato, al estallar la huelga, los obreros dejaron de percibir su salario, por lo que surge una necesidad apremiante de obtener ingresos de cualquier manera para la sobrevivencia. Por otro lado, las relaciones al interior de la familia, con los parientes y con los miembros de la comunidad, sufren transformaciones importantes; el cambio que nos interesa tratar es el de los roles de los miembros de la familia.

Tradicionalmente, los historiadores hemos caracterizado los conflictos obrero-patronales e intersindicales a partir de los factores económicos, sociales y políticos; pero a través de las entrevistas hemos encontrado que las relaciones familiares estaban presentes en los conflictos laborales.

² Fernand Braudel, *La historia y las ciencias sociales*, 7ª ed., Madrid, Alianza (El Libro de Bolsillo, 139), 1984, pp. 60-106.

Pero si tomamos en cuenta la memoria de los trabajadores de las fábricas mencionadas acerca de su cotidianidad, entonces ese conflicto se expresa en el cambio de roles en las familias.

La pregunta que guía este trabajo es: ¿cómo se reestructuraron los roles familiares para enfrentar una época de crisis durante los conflictos laborales de las fábricas La Fama Montañesa (1939-1941) y La Magdalena (1967-1971)?³

A partir de la memoria de los trabajadores en los dos conflictos abordaremos la pregunta enunciada. Por medio de sus recuerdos los obreros nos hablan del conflicto laboral y de la manera en que éste impactó en el funcionamiento de la familia y en los cambios que se dieron.

A través de sus remembranzas, los trabajadores de La Magdalena y de La Fama nos dicen cómo construyeron su idea de familia. Tomando la idea expresada por Gabriel García Márquez en su autobiografía, la concepción que ellos tienen de sí mismos no está constituida por un deber ser de un periodo histórico, sino por la manera en que lo recuerdan para contarlo. Así, el trabajador, en los relatos no se plantea en forma individual, sino que generalmente habla en términos colectivos, habla de *nosotros*; es decir, de su familia, de sus compañeros de la fábrica y del sindicato.

Para nosotros, como investigadores, ordenar los recuerdos de los antiguos obreros fue como armar un rompecabezas de piezas pequeñas, donde había algunas que pertenecían a su trabajo, otras a las relaciones con sus compañeros o con sus vecinos en diferentes ámbitos y situaciones tales como pleitos, fiestas, actividad sindical, y diversas situaciones familiares.

En el recuerdo de los trabajadores las familias marcaban las relaciones en las fábricas. La vida en familia se acomodaba al ritmo fabril: horas de trabajo, tiempo de convivencia con familiares

³ Entendemos por *crisis* un momento coyuntural en el cual se modifican las condiciones prevalecientes provocando una incertidumbre acerca de la continuación, modificación o cese de una situación, lo cual genera cambios en distintos ámbitos tales como el político, social, económico o cultural de una comunidad.

y con la comunidad, ya sea en fiestas religiosas, sociales, eventos deportivos, etc. Con la extinción de ambas factorías se registró un interesante proceso de cambio en las relaciones familiares y sociales, y la memoria acerca de la vida obrera es actualmente uno de los factores importantes de identidad en ambos barrios.

La familia estaba presente en las relaciones cotidianas de los trabajadores textiles. En las fábricas, el factor familiar participaba en las formas de ingreso, ascenso, permanencia y procesos de trabajo; es decir, fue un elemento organizador de las relaciones sociales. Era frecuente que la admisión de los obreros en las fábricas textiles se diera por medio de las relaciones de parentesco que, según Virve Piho, era la forma de ingreso más frecuente en 52.8% de los casos que ella estudió, frente a medios como la recomendación de amigos (38.5%) o la gestión directa del interesado (8.5%). Era algo común que ante el letrero “hay vacantes”, el portero de cierta fábrica respondiera: “Aquí ni trates, aquí es de familia”.⁴

En palabras de Edward Palmer Thompson: “La vida pública surge de la densa determinación de la vida doméstica”.⁵ Tanto es así que Thompson abunda diciendo: “la economía familiar y el sistema doméstico fue perpetuado dentro de la fábrica... en muchos casos los tejedores e hilanderos pudieron ser parientes de los niños que trabajaban para ellos”.⁶ En los recuerdos de los trabajadores, sobre todo de los más viejos, esta relación familiar dentro de la fábrica se hace presente. Según la señora Eligia Reyes, trabajadora de la fábrica La Abeja, los saberes acerca del hilado y tejido eran parte de la educación que se daba de padres a hijos: “mis hijos

⁴ Virve Piho, *La obrera textil: encuesta sobre su trabajo, ingreso y vida familiar*, México, Centro de Estudios del Desarrollo-FCPS-UNAM (Acta Sociológica, núm. 4, serie La Industria), 1974. 138 pp., ilus., gráfs., cuads., fotos (pp. 38 y 40).

⁵ Edward P. Thompson, “Folklore, antropología e historia social”, en E. P. Thompson, *Historia social y antropología*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1997, pp. 55-80; 60.

⁶ Edward P. Thompson, *La formación histórica de la clase obrera 3. Inglaterra: 1780-1832*, vol. 3, Ángel Abad (trad.), Barcelona, Laia, 1977, 572 pp.

Ciro y Víctor Mendoza, desde niños habían ido a la fábrica a ayudarme [...]”.⁷

La familia fue un factor fundamental para la reproducción de las relaciones sociales, económicas, políticas y culturales; es dentro de tal institución donde se reproduce la estructura social, y es ella misma la que ofrece las posibilidades de cambio de la sociedad. Así, la familia tiene un papel fundamental para la reproducción de la sociedad en los niveles mencionados.

Las familias en La Fama y en La Magdalena

El estudio de la familia nos sirve como elemento de caracterización de los obreros. Partimos del supuesto de que existe un modelo de familia generalmente aceptado que es aquella formada por progenitores y prole (familia nuclear), pero cada grupo social en diferentes momentos históricos presenta matices, de tal manera que la noción de familia se enriquece con ellos.

El concepto *familia*, por lo general, designa actualmente a un grupo de personas que están unidas por lazos consanguíneos y de parentesco, y que viven bajo el mismo techo, lo cual implica una serie de normas y costumbres culturales que las identifican entre sí. Una segunda acepción entiende como parte de la familia a la parentela colateral; no obstante, actualmente se han fundido los conceptos de parentesco y coresidencia.⁸

⁷ Guillermina Baena Paz, “La Confederación General de Trabajadores (1921-1931)”, *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, nueva época, núm. 83, enero-marzo de 1976, p. 64; Guillermina Baena Paz y Luis Monroy Arenas, “Ciro Mendoza y Eduardo Arellano: dos líderes textiles cegetistas”, *Estudios Políticos*, vol. 4, núm. 16, octubre-diciembre de 1978, pp. 63-72.

⁸ La discusión acerca del uso de los términos *familia* y *hogar* giran alrededor del peso que se le da en el análisis de las relaciones de parentesco, coresidenciales o no, o a la coresidencia con parentesco o no; en las nociones de *grupo doméstico* o *unidad doméstica* se pone en juego, además de las anteriores, la variable de la producción y el consumo de bienes; mientras que en el de *comunidad doméstica* se pone el énfasis en el acuerdo de convivencia y en el intercambio y transmisión cultural. Al respecto, véanse los siguientes trabajos: Peter Laslett *et al.*, *Household and*

Lo anterior supone que cada grupo social tiene significados propios de lo que la familia es o lo que debía ser, de acuerdo con el contexto histórico y al ciclo familiar. La convivencia familiar supone un espacio físico: la casa, lugar con el cual se identifican. *Familia* también presupone un sentimiento de pertenencia; es decir, que sus miembros se sientan parte de ella; no pueden formar parte de ella aquellos que no se sientan identificados a pesar de que tengan lazos consanguíneos.⁹

Los trabajadores que entrevistamos se ubicaban como parte de una familia de obreros que trabajaba en la fábrica: “soy de los Hernández”, “soy de los Rojas”. Se identificaban por tener lazos consanguíneos con sus padres, pero también por haber trabajado toda su vida en la fábrica. Justa Hernández nos dice: “Soy trabajadora de la fábrica [...] de La Fama Montañesa. Yo trabajé toda la vida aquí, desde 1916 hasta mi jubilación en el año de 1956, sólo no lo hice durante la huelga de 1939-1941”.¹⁰

Los obreros usaban el lenguaje del parentesco para referirse a sus relaciones de trabajo y a la convivencia constante y cotidiana que se

establecía entre las personas por laborar juntos. Tal uso es más marcado en La Magdalena que en La Fama, pues parece ser que además de llamarse “hermano” o “carnal”, los amigos y compañeros de trabajo asumen los deberes de lealtad que se dan entre los consanguíneos, dado que se ayudan mutuamente en diversas situaciones, se prestan dinero en caso de necesidad, se cuidan en las borracheras, etc. Esta relación cercana llega a ser un “parentesco de hecho”¹¹ que se extiende al resto de la familia, de tal manera que los hijos de dos grandes amigos que son “carnales” se trataban como “primos” y llaman “tío” o “tía” al amigo o amiga.

[...] pues es que mi tía Chuchita, mi tío Marcial, mi tío Chanito, mi tía Clotilde y mi abuela trabajaron juntos en la fábrica, no eran familia ni nada, y después empezaron a verse como parientes, y pues les inculcaron a sus hijos que eran sus tíos, así mi mamá me dijo que eran mis tíos y pues fueron mis padrinos de bautizo [...] pues así nos vimos todos, yo también he tratado de mantener esa relación con mi prima Rocío, mis hijos y sus hijos se ven como de la familia”.¹²

Los roles familiares y sus cambios

La familia es una institución que por lo general está ligada a una idea de intimidad y afecto, tanto entre la pareja como entre padres e hijos; si bien esto es cierto, también existe una jerarquía en su interior que cumple una función ordenadora, pues cada miembro de la familia desempeña un papel y al realizarlo posibilita el desarrollo de todos los miembros de ella.

El modelo de familia generalmente aceptado tiene una composición nuclear; es decir, está

Family in Past Time. Comparative Studies in the Size and Structure of the Domestic Group over the Last Three Centuries in England, France, Serbia, Japan and Colonial North America, with further Materials from Western Europe, Cambridge, Cambridge University Press, 1972, xii, 623 pp., ilus., maps, p. 25; Orlandina de Oliveira, Marielle Pepin Lehalleur y Vania Salles (comps.), *Grupos domésticos y reproducción cotidiana*, México, UNAM / El Colegio de México / Miguel Ángel Porrúa (Ciencias Sociales), 1989, 258 pp., cuadrs.; Rodolfo Tuirán, “Familia y sociedad en el México contemporáneo”, en *La nación mexicana: retrato de familia. Saber ver lo contemporáneo en el arte*, número especial, México, Fundación Cultural Televisa, 1992, 238 pp., fotos (pp. 33-55); María de Lourdes Villafuerte García, *Cada uno en su casa y Dios en la de todos. Comunidad doméstica en la Ciudad de México, siglo XVIII. Composición social y formas de organización familiar*. Tesis de doctorado, ENAH, México, 2015, 286 pp. (pp. 47-52).

⁹Mario Camarena Ocampo y Lourdes Villafuerte García, “Algunas reflexiones sobre la historia de la familia”, en Marcela Dávalos et al. (coords.), *Una mirada al fondo de la historia. Reflexiones sobre la historia en la actualidad*, México, Yeuetlatolli (Ahuehuete, 8), 2003, 114 pp., ilus. (p. 36).

¹⁰ Entrevista realizada por Mario Camarena a Justa Hernández, 1982-1984.

¹¹ Monserrat Cabrera Castillo, *Las familias obreras en momentos de crisis: la huelga de la fábrica textil La Magdalena*. Tesis de licenciatura, UNAM, México, 2013, 138 pp. (p. 37).

¹² Entrevista realizada por Monserrat Cabrera Castillo a la señora Rosalba Castillo Gallegos, 16 de junio de 2010.

formada por una pareja conyugal (casada o no) y su prole. Este modelo es un ideal, un deber ser que presenta muchos matices. El hombre desempeña las funciones de esposo, padre y proveedor; es quien encabeza a la familia, la mantiene y la representa ante la comunidad social.¹³

La mujer cumple funciones de esposa, madre y ama de casa, pero esta última incluye no sólo la tarea de ordenar y limpiar la casa, lo cual es importante, sino también la administración doméstica de los recursos proveídos por el esposo, y casi siempre por ella misma; el ama de casa se encarga de la optimización de los alimentos y distintos bienes necesarios, así como de la consecución de crédito, lo cual constituye un gran valor económico. También gobierna la casa, organiza el tiempo, y con su trabajo hace posible que los suyos logren un buen desempeño fuera de ella. Además, la madre realiza la importante labor de socialización de los hijos; es decir, les transmite los valores sociales y morales, la memoria familiar, los comportamientos y no pocas estrategias para desempeñarse fuera de la casa; es decir, es el agente cultural por excelencia.¹⁴

En este modelo, los hijos tenían una función de apoyo a los padres, en un contexto de obediencia y respeto. La relación de los padres con sus hijos suponía su educación y protección con el mayor afecto.

En el barrio La Fama pocas veces encontramos el modelo de familia tradicional descrito arriba; el padre no era el único proveedor, sino que generalmente ambos miembros de la pareja trabajaban, y eran los hijos, especialmente las hijas mayores, quienes asumían las tareas domésticas o parte de ellas. Por otra parte, también fungían como madres sustitutas cuando era necesario, pues se necesitaba el trabajo de la madre para proveer el hogar. Al respecto, el testimonio de Gilberto Espinosa es muy ilustrativo:

¹³ Lourdes Villafuerte García, *Cada uno en su casa y Dios en la de todos. Comunidad doméstica...*, pp. 109-111.

¹⁴ *Ibidem*, pp. 112-113 y 121.

Mientras mis papás se iban a trabajar, mi hermana la grande era la que guisaba, y mi mamá ponía desde un día antes el nixtamal para tres días; que había que llevar a moler; y mi hermana Jovita, que tenía unos 14 años, le hacía de mamá, y entonces ella nos guisaba y nos hacía la comida, y después ya fue mi hermana Chela, porque mi hermana [Jovita] murió.¹⁵

Los niños eran los encargados de llevar la comida a sus padres a la fábrica. “Mi hermano Gilberto salía corriendo... [cuando sonaba el silbato] ¡a correr a la fábrica!, mi hermano algunas veces se regresó con los tacos porque no llegó [a tiempo], ¿se imagina?, pues se quedaban sin comer, [porque trabajaban] en el segundo [turno]”.¹⁶

En 1972, Enrique Marroquí,¹⁷ quien atendía la iglesia construida en las inmediaciones de la plazuela del barrio La Fama, escribió un informe acerca del estado en que se encontraba su parroquia, en el cual toca diversos temas, siendo uno de ellos la familia.

El texto de Marroquí enuncia que en la demarcación las familias son grandes, pues tienen entre 4 y 10 hijos; excepcionalmente algunas tienen más de 10; al acceder a la conyugalidad, lo hacen muy jóvenes, las mujeres entre los 18 y los 20 años y los hombres entre los 20 y los 25 años, en muchas ocasiones debido a un embarazo no deseado. En cuanto a la forma de unión, la mayoría dice haberse casado por lo civil y por la Iglesia, aunque también se presentan uniones libres, madres solteras, parejas separadas y divorciadas.

Las parejas se forman de manera endogámica; es decir, entre personas del mismo barrio, de manera que los habitantes están emparentados con unas cuantas familias entre sí. Cuando las

¹⁵ Entrevista realizada por el Colectivo Fuentes Brotantes y Mario Camarena Ocampo a Gilberto Espinosa Hernández, 6 de enero de 2001.

¹⁶ Entrevista realizada por el Colectivo Fuentes Brotantes y Mario Camarena Ocampo a Gilberto y Antonio Espinosa Hernández, enero de 2001.

¹⁷ Enrique Marroquí, *La Fama*, mecanoscrito inédito, pp. 13-14.

parejas se unen demasiado jóvenes continúan viviendo con los padres de alguno de ellos, ya sea que se les adapte un cuarto o que se les construya una vivienda en el mismo solar. La solidaridad entre familiares es muy importante, lo cual se extiende al parentesco espiritual, pues el compadrazgo implica ciertas obligaciones morales con los ahijados y entre los compadres. Según Marroquí, cuando ocurren pleitos, poco importa quién tenga la razón, sino los lazos que les unen.

El informe habla de casos de abandono de la mujer junto con sus hijos, así como faltas en la provisión del hogar debido generalmente al alcoholismo, aunque también es frecuente, y tolerado, que el sueldo del varón se reparta con un hogar subsidiario (casa chica).

Hubo ocasiones en que las familias de estos barrios obreros estaban encabezadas por mujeres, ya sea por ser madres solteras, viudas o abandonadas; de manera que su papel en la jerarquía doméstica era de madre, proveedora y ama de casa con todo lo que ello implica. Al ser ella el único sostén económico, era frecuente que pasara buena parte del día trabajando en la fábrica (a veces haciendo doble turno), por lo que el apoyo de la parentela, consanguínea o espiritual es muy importante. La madre, la hermana o la comadre suelen ser las personas a las que acude la mujer sola para poder irse a trabajar y dejar resguardados a sus hijos.

Memoria y espacio

¿Cómo construyen los trabajadores la memoria acerca del espacio de la familia obrera? En sus narraciones emerge con fuerza la metáfora familiar; es decir, las personas construyen su memoria acerca del espacio barrial y el doméstico con base en la más importante de sus relaciones sociales.

El espacio por excelencia de la familia obrera es la *casa*, pero se trata de un concepto que se refiere no sólo al espacio físico donde una persona o un grupo habitan, también refiere a un espacio de pertenencia; es decir, los individuos

se identifican con ese lugar donde encuentran cierto bienestar, seguridad, solidaridad y condiciones para la sobrevivencia.

El espacio doméstico

En el barrio de Las Calles se cedieron 114 viviendas que oscilaban entre 45 y 60 metros cuadrados; tanto los muros como los techos eran de ladrillo, con el añadido de que eran de bóveda catalana y de vigas de madera. Las casas de los obreros tenían una o dos habitaciones, no se contaba con agua, las ventanas eran pequeñas, contaban con una puerta de entrada, que era la única fuente de luz y ventilación, y las letrinas comunitarias estaban al centro del barrio. La señora Castillo recuerda su morada: “Era un cuarto grandote, con una cocinita chica, larga con un brasero de cemento, su techo era bóveda catalana, mi casa era bonita, porque mi mamá siempre la mantenía limpia, con cortinas bonitas y su piso estaba pintado con ‘congo’”.¹⁸

En La Fama las viviendas eran de adobe, cada terreno tenía 120 metros cuadrados, con la intención de utilizar un espacio para la cría de guajolotes, gallinas, puercos, etc.; lo que era propiamente la habitación era un cuarto grande donde se instalaba la cocina, con una estufa de petróleo o con un *tlecuil*; en ese mismo espacio estaba la cama o camas, a veces petate, y la letrina se ubicaba en el patio.

En el terreno conocido como El Castillo, que se encuentra en la calle de Camisetas, las familias hicieron adaptaciones para contar con servicios básicos; ahí la gente no contaba con cocina y recurrió a las cocinas tradicionales o tlecuiles; para los servicios higiénicos construyeron en el patio un baño. “Nos bañábamos con cubetas en una tina, para bañarse teníamos que acarrear leña y agua. La leña era muy peleada, nuestros padres nos enseñaron a tirar las ramas.

¹⁸ Entrevista realizada por Monserrat Cabrera a Hermelinda Castillo Gallegos, junio de 2015.

Había quien usaba carbón y algunas personas usaban la estufa de petróleo. Era muy común ver la humareda en las casas.”¹⁹

Lourdes Villafuerte menciona que mientras más pequeño era el espacio doméstico, menos oportunidad había para realizar actividades privadas, y justo eso pasaba en los barrios. Las casas apenas llegaban a contar con uno o dos cuartos, en los cuales convivían, dormían y comían todos los miembros de la familia; por ello, muchas de sus actividades se realizaban en la calle.

En la memoria de los trabajadores textiles y de sus familias no existía una separación tajante entre la calle y la casa. En el barrio La Fama no se levantaron bardas que separaran el espacio doméstico del colectivo; las casas se extendían y se confundían con la calle, lo cual ocasionó que las personas se apropiaran del espacio colectivo, como eran las banquetas, espacios comunes, jardines, etc. A pesar de que las áreas estaban asignadas para cada familia, las personas compartían los espacios doméstico y barrial sin hacer distinción, por lo que al no haber bardas, los niños se metían a las casas a recoger sus pelotas, sin concebir esta acción como la invasión de un espacio privado.

En el barrio Las Calles de la fábrica La Magdalena no había banquetas y las casas estaban adosadas una tras otra, cada una de ellas con su puerta, que siempre estaba abierta y no había la necesidad de tocar ni pedir permiso para entrar, pues todos consideraban que al estar abierta podían entrar con confianza.

Si bien las fábricas proveen a los trabajadores de un espacio para habitar, éstos se apropian de los territorios y lo valorizan simbólicamente generando un sentido de pertenencia. La vida del personal transcurría en los diferentes espacios del barrio: casas, calles, baños, letrinas, kiosco, cantinas, plazuelas, las tierras de cultivo y los lugares de recreación, su propia capilla dedicada a la advocación de la Inmaculada Concepción, los campos deportivos, su tienda o cooperativa de

consumo, los ríos y los manantiales. Es por ello que en su memoria, su concepto de *casa* abarcaba todos los espacios antes mencionados.

Los obreros recuerdan *su territorio* como aquél en el que marcaron los límites y fronteras, pero esta apropiación no se da en abstracto, sino de acuerdo con las características culturales de los sujetos y de sus relaciones sociales. Por ello, los recuerdos de las familias de los trabajadores describen un mundo cerrado, sólo de obreros emparentados que generó en los habitantes una idea de espacio “propio”, un sentimiento de estar entre semejantes, creando un concepto de *nosotros*, que sólo estaba constituido por las relaciones sociales como trabajadores textiles, por los que habitaban ese espacio, por quienes guardaban lazos de parentesco (consanguíneos o de hecho), por los que reconocían un sistema de costumbres, por quienes eran nativos del pueblo y tenían ascendencia obrera.

Los barrios obreros surgieron al lado de las fábricas, algunos de ellos en el siglo XIX; los empresarios proveían la vivienda con el objetivo de controlarlos; se trataba de una medida encaminada a hacer eficiente la producción; es decir, su función era captar y arraigar la mano de obra, aunque en el recuerdo de los trabajadores esto se veía como un favor que el dueño o los sindicatos les concedían. A continuación abordaremos la concepción de los espacios en ambos barrios, según los recuerdos de los obreros.

El barrio La Fama es una unidad conformada por los distintos terrenos que originalmente se distribuyeron entre los trabajadores: Zacapa, Pelaxtla, Chilapa, Curamagüey, Sanquimilqui, Tlatoxca, Rivero y Zacatito; éstos se dividen en pequeños vecindarios: Zacapa, Camisetas y Guadalupe; el primero es el más antiguo (conocido como el primer barrio chino), pues fue fundado a principios del siglo XIX, casi al mismo tiempo que la fábrica de hilados y tejidos. En la década de 1920 surge Camisetas, llamado así porque el patrón otorga a un grupo de trabajadores una antigua fábrica de camisetas para que establezcan sus viviendas. En esa misma época se crea el vecindario Guadalupe en la entrada de la cañada (actualmente es la esquina de Avenida

¹⁹ Entrevista realizada por Mario Camarena a Francisco Guerrero Rojas, Saúl Reynoso García, Sofía Rojas, Marcela Olvera y Alejandra Rosas, julio de 2004.

La Fama e Insurgentes, donde se encuentra el Hospital de Neurología), en el que se constituyó un pequeño caserío (12 viviendas) para los trabajadores de la fábrica.²⁰

El barrio obrero de la fábrica La Magdalena se fundó en la década de los treinta del siglo XIX, y fue llamado Las Calles, pues dicho espacio está conformado por cuatro arterias longitudinales paralelas cruzadas hacia la mitad por una transversal, formando siete cuerpos o pabellones de un número variado de viviendas que oscilaba entre 14 y 20.

Para los obreros, el barrio y la casa fueron los lugares donde se reproducía su concepto de familia, y se construyeron normas de convivencia social que eran posibles gracias al uso de la metáfora familiar; es decir, las personas eran consecuentes con los parentescos de hecho que forjaron, de manera que el espacio barrial era una suerte de casa compartida por todos; además, la identificación de numerosas áreas, al menos en La Fama, se daba por los nombres de las familias del barrio. Así, no se decía el nombre de la calle sino “la calle de los Rojas”, “de los Hernández”. Entre la fábrica y la familia había una relación biunívoca: la fábrica influye en la vida familiar y la familia influye en la vida fabril.

Asimismo, compartían espacios para algunas actividades, tales como lavar la ropa y bañarse; de la primera actividad, sabemos que durante mucho tiempo se lavaba en el río, hasta que en cierto momento se instalaron lavaderos públicos; y en lo que se refiere al aseo del cuerpo, también lo hacían en el río, pero establecieron un orden mediante horarios. Así, alrededor del uso del agua había relaciones familiares entendidas como relaciones entre los habitantes del barrio.

²⁰ Alejandra Rosas Olvera y Mario Camarena Ocampo (coords.), *Manantial de historias. El barrio de la Fama Montañesa, 1939-1980*, México, Conaculta-Fonca / Centro de Estudios y Atención Psicológica / Colectivo Cultural Fuentes Brotantes, 2005, 116 pp., ilus., fotos.

Remembranza de las huelgas

El conflicto laboral en el que se vieron involucrados los trabajadores de La Fama Montañesa, como ya se dijo, comenzó como un paro patronal. Al llegar a trabajar el “día de raya”, es decir, el día de pago, sábado 27 de febrero de 1939, encontraron cerrada la fábrica. El relato de los trabajadores está unido a su experiencia; es decir, a una presencia real del sujeto en el acontecimiento. “No hay testimonio sin experiencia, pero tampoco hay experiencia sin narración: el lenguaje construye el mundo de la experiencia y lo convierte en comunicable”.²¹ Como lo contó la señora Justa Hernández, al recordar su experiencia:

Cuando llegué, me encontré a otros trabajadores en la entrada de la fábrica el día que empezó el paro: [...] Me acordé que era ¡día de raya! Nos debían la paga de las tres semanas, pensé, nomás unas horas en el telar y después de rayar a tomar unos curados con la comadre, de paso le doy el gasto a la Josefina para el mercado, no sea que los niños se queden sin comer [...] Me apresuré para llegar a tiempo a la fábrica pero estuvimos esperando y nunca abrieron la puerta, no nos imaginamos que ese 27 de febrero de 1939 era el primer día de un conflicto que ocasionaría que esa puerta no se abriera en tres años ¡y nos fuimos sin raya!²²

La señora Sofía Rojas señala que el conflicto empezó en 1938 y terminó en “mil novecientos cuarenta y tantos”, don Charly dice que “empezó en 1940 y terminó a mediados de los cuarentas”, doña Justa marca el inicio en 1939 y termina en 1943, cuando ella regresó a trabajar.

²¹ Beatriz Sarlo, *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*, México, Siglo XXI (Sociología y Política), 2006, 168 pp. (p. 29).

²² Alejandra Rosas Olvera y Mario Camarena Ocampo, *op. cit.*, p. 41.

Para los obreros de La Magdalena, la fecha de inicio es muy clara, 1967, pero el año de la conclusión de la huelga se confunde, ya que muchos datan a partir de que consiguieron un nuevo empleo, de cuando se dictó el laudo, de cuando les pagaron la indemnización o de cuando se terminó el problema con las viviendas del barrio obrero: “Había estado violando el contrato la fábrica, y por eso nos obligó a instalar la huelga. Gastamos siete años en huelga, hasta los siete años nos indemnizaron”.²³

Como lo menciona Mario Camarena,²⁴ los testimonios construyen su propio concepto del tiempo. Las personas recuerdan lo que pasó antes y después del conflicto que vivieron en función de los cambios que se generaron en sus vidas. Esta manera de concebir el tiempo hace que los recuerdos de quienes vivieron las huelgas en La Fama y en La Magdalena sean inexactos, lo cual constituye una característica de la memoria. Lo que debe recalcar es que si bien ciertos detalles no se pueden narrar con exactitud, el proceso es claro y las diferentes narraciones son consistentes.

Los obreros de ambas fábricas, aun cuando se trata de momentos distintos, coinciden en que fueron años muy difíciles porque no tenían un ingreso que les permitiera vivir. Las huelgas de 1939 y de 1967 de las fábricas La Fama y La Magdalena pusieron en crisis a las familias de los barrios La Fama y Las Calles, que las recuerdan como una época de gran sufrimiento. Según la memoria que se guarda de las huelgas, al quedarse la familia sin ingresos, ésta perdió su principal fuente de subsistencia, llevándola a pasar por graves carencias.

En los testimonios, los antiguos trabajadores que vivieron estos eventos narran sus vivencias al ver cerradas las puertas de su fuente de trabajo, aquel recinto que les permitía mantener a

su familia. Perder su empleo y su ingreso llevó a los obreros a la desesperación, pues veían de cerca el hambre y la muerte.

En La Fama, los hombres en su mayoría se quedaron en las puertas de la fábrica para sostener la huelga. El señor Fernando Sánchez Luna recuerda: “En 1939 estalló la huelga, mi padre se quedó resistiendo el movimiento, yo tuve que trabajar en el centro de la ciudad, regresé en 1944, cuando la huelga se había resuelto”.²⁵

En La Magdalena también sucedió algo similar casi treinta años después. Con la huelga, los hombres, si bien buscaron empleos temporales, éstos no fueron del todo fructíferos, pero se negaban a salir de su barrio, sobre todo aquellos que pasaban ya de los 45 años: ellos se quedaban haciendo guardias, jugando baraja a las puertas de la fábrica o simplemente esperando respuesta sobre el conflicto:

Le buscaron, le lucharon; y también había algunos que tenían que manear²⁶ en la cuestión económica y siempre estuvieron pegados en la fábrica, gente muy grande que se estaba ahí, jugando baraja, que de a pesito [...] yo a eso casi no le entiendo... pero ellos sí jugaban y por lo menos sacaban para comer ese día. Luego íbamos en la noche y también estaban jugando. Sí, mucha gente se sentaba todo el día ahí, y daba tristeza...”.²⁷

En La Magdalena, el conflicto provocó que los varones buscaran el sustento para su familia con “chambitas” (trabajos eventuales) de albañil, pintando casas o en el comercio informal, dentro de las fronteras de su barrio; estas actividades fueron una salida viable al principio, pero con el paso del tiempo la solución dio de sí, pues el dinero no alcanzaba. “Se vendía fru-

²³ Entrevista realizada por Monserrat Cabrera Castillo a Roberto Anaya, 12 de mayo de 2010.

²⁴ Monserrat Cabrera Castillo y Mario Camarena Ocampo, “La memoria de dos generaciones: la huelga de 1939 en el barrio de La Fama”, *Voces Recobradas. Revista de Historia Oral de la Ciudad de Buenos Aires*, año 15, núm. 31, diciembre de 2011.

²⁵ Entrevista realizada por Juan Carlos Sánchez Torres a Fernando Sánchez, junio de 2005.

²⁶ Parece querer decir de manera coloquial “manear” o “moverse”; es decir, buscar una solución.

²⁷ Entrevista realizada por Monserrat Cabrera a Javier Roa, 2010.

ta, los domingos se iban a los Dinamos a vender fritangas, o pulque, porque aquí era famoso por el pulque; y cual más si hacían los *tejamaniles*²⁸ y los *colotes*,²⁹ y ahí venían con los burros o las mulas a vender los *colotes*, vendían carbón”.³⁰

Estas devastadoras crisis alteraron la vida de las familias de los barrios antes mencionados, pues de la noche a la mañana vieron su presente y su futuro clausurados. Una vez pasado el primer momento, en el que mantenían la esperanza de que el apuro pasara con rapidez, debieron pensar cómo o qué harían para sobrevivir, para alimentar a sus hijos y a sí mismos. La señora Sofía Rojas narra el sacrificio que sus padres hicieron para alimentar a sus hijos: “Recuerdo que cuando paró la fábrica mi papá le dice a mi mamá, sabes qué, ya no vamos a tomar pulque, porque si nos tomamos un litro de pulque, que sea un litro de leche para mis hijos”.³¹

El cierre de las fábricas trajo como consecuencia situaciones difíciles que afectaron el curso normal de la vida y rompieron la estabilidad económica de las familias obreras, pues antes de que cerraran sus puertas, éstas contaban con un ingreso estable y permanente que, si bien apenas alcanzaba para ir al día, era seguro y constante.³²

No es lo mismo tener un trabajo bien remunerado, a que, pues, ‘ora’ sólo entraron diez pesos, o ahora no entró nada, porque

²⁸ Tejamanil, tira delgada de madera que sirve para techar de *tlaxamanilli*; tablas menudas o astillas largas. Carlos Montemayor (coord.), *Diccionario del náhuatl en el español de México*, México, GDF / UNAM, 2008, 444 p.

²⁹ Colote, forma abreviada de *cincolote*. De *colohilli*, canasto o troje cónicos. Carlos Montemayor, *op. cit.*

³⁰ Entrevista realizada por Monserrat Cabrera a Javier Roa, 2009.

³¹ Entrevista realizada por María Elena Padrón Herrera a Sofía Rojas, agosto de 2001.

³² Monserrat Cabrera, Mario Camarena y Lourdes Villafuerte, “¿Y ahora qué vamos a hacer?: los roles familiares en momentos de crisis en dos fábricas textiles del Valle de México”, en *Memorias del IX Congreso Internacional de Historia Oral. Reflexiones y prácticas de la historia oral. Memoria y experiencia*, Guanajuato, Universidad de Guanajuato / INAH / Asociación Mexicana de Historia Oral, pp. 572-583.

desgraciadamente todos éramos obreros, y no todos teníamos para decir “ahora me voy a comer unas enchiladas, ahora me voy a comer una frutita”.³³

Empezamos a buscarle algunas fuentes de ingresos, porque era muy difícil estar así, luego ahí andaba uno hasta pidiendo así en la tienda, de que “présteme un kilo de frijol, el arroz”, y eso, lo indispensable para sobrevivir, los alimentos, ya lo demás como quiera.³⁴

Vivieron también la incertidumbre pues no tenían idea de lo que iba a pasar, no sólo con su trabajo sino con ellos mismos y sus familias; no sabían qué hacer, si esperar a que la huelga se solucionara o buscar otro empleo: “A uno se le cierra el mundo, a mí se me cerró el mundo, cuando menos, pues de momento, porque pues trabajar acá veintitantos años para luego buscar trabajo [...] y sentía que se me cerraba el mundo”.³⁵

Los trabajadores de las fábricas recuerdan con viveza el hambre, en especial la muerte por hambre, la humillación, la frustración, el miedo y la preocupación por no poder satisfacer las necesidades inmediatas; y este temor no era algo abstracto, pues en la familia de los Espinoza Hernández, una de las hijas, Jovita, falleció a consecuencia de la desnutrición, y según recuerda el ingeniero Antonio Espinoza, en gran parte de las familias hubo muertos por la falta de recursos. En las entrevistas rememoran las sensaciones del sufrimiento de esa época, algunos de ellos las recuerdan con lágrimas en los ojos.

La falta de ingreso de quien proveía a la familia provocó que los demás miembros tuvieran que suplirlo; la esposa o los hijos comenzaron a buscar trabajo para proveer los gastos de la casa; éste fue un gran cambio en cuanto a los roles familiares. En La Fama, las esposas e hijas, en-

³³ Entrevista realizada por Monserrat Cabrera Castillo a Javier Roa, marzo de 2009.

³⁴ Entrevista realizada por Monserrat Cabrera Castillo a Alfredo Anaya, 17 de mayo de 2009.

³⁵ Entrevista realizada por Monserrat Cabrera Castillo a Roberto Anaya, mayo de 2009.

tre otras, también trabajadoras textiles, al extenderse el tiempo de resolución del conflicto (1939-1941) salieron del barrio para laborar en otras fábricas o en el quehacer doméstico de los barrios elegantes o de clase media de la zona, asumiendo el papel de proveedoras principales. “Durante el paro yo me puse a trabajar de sirvienta aunque sea, no me gustaba estar en la casa, decía ¡ay no qué hago aquí!, mi mamá me ve ¡y no!, ¡ay! siquiera que ganara para los frijoles, para lo que sea, pero yo no estoy aquí; así le hicimos, mi hermana y yo, hasta el año 44 que ya fue cuando empezamos otra vez a trabajar”.³⁶

Durante el conflicto de la huelga de 1967 en La Magdalena, las mujeres eran amas de casa, y sus hijos y algunas de sus hijas o sobrinas o primas eran estudiantes. De la misma manera que en La Fama, al prolongarse la huelga, las esposas y los hijos e hijas debían buscar el sustento fuera de su barrio. Para las mujeres emplearse como trabajadora doméstica tenía varios beneficios: no se gastaba mucho tiempo ni dinero en trasladarse a su trabajo, lo que les dejaba un espacio para atender su propia casa y a los niños.

Hay que señalar que las mujeres casi siempre recibían ciertos ingresos por realizar labores paralelas a las de ama de casa (que de por sí tiene una gran importancia económica y cultural), tales como servicios de lavandería o planchado en su propia casa, pequeñas ventas en abonos (joyas, cosméticos, etc.), elaboración de artesanías para su venta, o ventas en un pequeño negocio de comida; pero ellas mismas y el conjunto de la sociedad, la Academia incluida, no consideraban que estas actividades fueran trabajo o que el dinero que las mujeres aportaban les diera el estatuto de proveedora, como lo prueba la cita anterior. Esa aportación que las mujeres de esa época percibían como “ayuda” era importante porque permitía que la familia contara con más recursos; aunque ha sido invisibilizada por mucho tiempo, es necesario develarla y reflexionar acerca de ella.

³⁶ Entrevista realizada por el colectivo Fuentes Brotantes a Virginia Olvera, abril de 2001.

Los hijos mayores, hombres o mujeres, buscaron un trabajo como dependientes de tienda, lo que los obligó a desplazarse a lugares lejanos, como el centro de la Ciudad de México, San Ángel o Insurgentes, pues estos puntos eran los lugares donde era posible encontrar “alguna oportunidad”; muchos de los jóvenes no tenían opciones laborales.

La señora Rosalba Castillo comenta que un nutrido grupo de mujeres jóvenes contrerenses fueron a trabajar a los diferentes almacenes que se encontraban en el Zócalo, sin importarles hacer un viaje de dos horas: “Yo trabajaba en El Nuevo Mundo, entré ahí porque Carmela nos invitó, ella consiguió primero y cuando hubo lugares pues nos llevó, ahí había muchos almacenes: el Puerto de Veracruz, Liverpool, París-Londres, Almacenes Astor, nos íbamos juntas en el camión, y nos acompañábamos, íbamos muchachas de aquí”.³⁷

Tradicionalmente, los hijos cumplían una función en la familia de los trabajadores textiles: apoyaban a los padres en algunas actividades de la fábrica, ya que como el trabajo era a destajo, la percepción salarial aumentaba gracias a la participación familiar en conjunto. En los relatos de los obreros de la fábrica La Fama Montañesa, el concepto de *salario* no es la percepción individual sino la de toda la familia. Además, no era raro que los hijos participaran llevando dinero a la casa por labores menores como acarrear agua, hacer mandados, etc.; es decir, los hijos desde niños participaban activamente en la consecución del sustento del grupo familiar.

Por otra parte, las fábricas del sur de la Ciudad de México estaban enclavadas en una zona rural que con el tiempo fue absorbida por la urbe; sin embargo, el cultivo de tierras era una actividad todavía viva en los años sesenta del siglo XX, de manera que los obreros de La Magdalena, además del trabajo fabril, cultivaban maíz, haba, frijol y maguey en sus terrenos como complemento a sus ingresos. La señora Castillo narra: “[...] mi abuelo [que era obrero de La Magdale-

³⁷ Entrevista realizada por Monserrat Cabrera Castillo a Rosalba Castillo Gallegos, 17 de mayo de 2016.

na] nos llevaba a sembrar, a la escarda y a la pizca. En la casa teníamos un cincolote donde guardábamos el maíz, y pues, lo usábamos para la masa porque vendíamos tamales y para nuestro consumo”.³⁸

En la década de 1960, la situación del país y las políticas económicas permitieron que los obreros recibieran ingresos más altos, con lo cual se afianza la figura del hombre como proveedor, como jefe de la familia de su comunidad doméstica, sin dejar de mencionar su papel como representante y defensor de su familia ante la comunidad social.

La mujer, antiguamente trabajadora fabril, transformó su rol para dedicarse a su papel de madre y ama de casa, sin dejar de lado las actividades que le producían dinero, las cuales ya mencionamos arriba y que aumentaba los recursos de la familia. En la época que estamos tratando hubo un cambio cultural importante: la educación formal de los hijos se valoró enormemente, pues si ellos estudiaban podían salir de la pobreza que aquejaba a sus familias.

Por otra parte, la posibilidad de que la familia fuera proveída sólo por el padre se entrecruzó con ciertas pautas culturales que sancionaban el trabajo de la mujer, en especial de las hijas, dentro de las fábricas, ya que se creía que al convivir mucho tiempo con hombres que no fueran de su familia, entablarían relaciones *pecaminosas*, lo que provocó una mala imagen ante la sociedad, pues había la idea de que a la salida, algunas iban a la cantina con hombres. Fuera del medio fabril se les conocía con el peyorativo mote de “fabricantas”. Esta situación llevó a que las familias evitaran que las hijas se emplearan en la fábrica. Charly, exobrero de La Fama nos dice: “mis hijas no trabajaron en la fábrica”, y ante la pregunta de si las dejaría trabajar él contestó: “son decentes”.³⁹

³⁸ Entrevista realizada por Monserrat Cabrera a las señoras Rosalba y Hermelinda Castillo Gallegos, 2010.

³⁹ Entrevista realizada por el Colectivo Fuentes Brotantes y Mario Camarena Ocampo a Charly, 11 de noviembre de 2001.

Los conflictos de ambas fábricas se resolvieron; en los dos casos los laudos de los litigios laborales presentados fueron favorables a los trabajadores. En el caso de La Fama se les otorgó terrenos de la fábrica, que fueron repartidos entre los obreros, y en 1941 la fábrica textil volvió a funcionar con un nuevo patrón.⁴⁰ En La Magdalena se decidió la extinción de la fábrica y se otorgó a los trabajadores como indemnización los terrenos que ya habitaban.⁴¹ ¿Qué pasó en las familias que resolvieron la crisis con un cambio de roles?

El cambio de roles es muy evidente: la mujer adquiere conciencia de su papel de proveedora, mientras que el marido asume un papel político al participar en la lucha por conservar su fuente de trabajo. Imaginemos por un momento el dolor y la impotencia que significó para los hombres tener que comer y sustentarse del empleo de su esposa y de sus hijos, cuando era un punto de orgullo que el varón mantuviera decentemente a su familia. Esta situación debió causar numerosos problemas entre las parejas, sin descartar que en ocasiones debió consolidar la relación.

Las esposas y los hijos cambiaron su idea de trabajo, pues aunque la mayoría de las señoras participaba en proveer la casa, no lo veían como un empleo formal; el hecho de salir para trasladarse fuera del pueblo fue lo que provocó que ellas comenzaran a contemplar su empleo con distinta mentalidad; de la misma manera, los hijos, muchos desde muy pequeños, desarrollaban una actividad, desde entrar a la fábrica a ayudar al padre, hasta ayudar con las tareas domésticas o con el cuidado de los hermanos, y no lo contemplaban como una labor sino como una obligación; su trabajo fue valorado cuando su entrada de dinero fue mayor a la que los padres llevaban.

Varios de los miembros de las familias que asumieron el papel de proveedores en época de crisis no dejaron de laborar cuando las dificultades terminaron, pues en el caso de las familias de los obreros “grandes”, ellos, como ya dijimos

⁴⁰ Alejandra Rosas Olvera y Mario Camarena Ocampo, *op. cit.*, pp. 37-40.

⁴¹ Monserrat Cabrera Castillo, *op. cit.*, p. 85 y ss.

antes, nunca más se volvieron a emplear, así que la demás familia y hasta el exobrero dependían totalmente de ellos.

Conclusión

La familia es una institución fundamental en el funcionamiento social. Esta importancia es notoria cuando se vive una situación de crisis, pues es la familia la que entra en apoyo de los suyos. Durante las grandes crisis económicas que ha vivido México, las políticas públicas para sortearlas han sido insuficientes, cuando no nulas, y ha sido la familia la piedra de toque para mantener a las víctimas a flote.

En México, las familias pobres suelen vivir al día, de manera que la enfermedad, la muerte de alguno de sus miembros o la pérdida del empleo significan una crisis seria. En los dos casos que hemos abordado, la huelga y la consiguiente falta de salario pusieron en riesgo la viabilidad de la pareja y, sobre todo, comprometió el futuro de sus hijos, debiendo los miembros de la familia desplegar todas sus habilidades para sobrevivir. Durante las huelgas de La Fama y La Magdalena fue necesario un cambio en los roles tradicionales: mientras los hombres se ocupaban de la actividad político-sindical de resistencia y negociación con la parte patronal,

las mujeres y los hijos capaces de trabajar contrajeron el papel de proveedores.

Este cambio de funciones significa una importante adaptación cultural, pues en el modelo familiar tradicional, que es además el modelo católico, es un punto de orgullo y muestra de responsabilidad y hombría que el jefe de la familia la mantenga, y el hecho de que lo haga le dota de autoridad y prestigio a los ojos de los suyos; además, ser cabeza de familia implica que quienes están bajo su mando le reconozcan las cualidades para ejercer el mando.

Sin embargo, en crisis como las que hemos narrado, la sobrevivencia y la viabilidad de la familia depende de que tenga lugar este cambio de papeles, pero es importante señalar un aspecto que suele perderse de vista: la familia y los roles que cada uno de sus miembros cumple tiene un ingrediente afectivo muy importante, y en momentos difíciles, el amor de los padres por sus hijos y entre ellos mismos saca a relucir un aspecto del modelo tradicional: la ayuda mutua. De este modo, es un deber moral de la esposa apoyar a su pareja y ver por sus hijos; es un deber moral de los hijos ayudar y apoyar a sus padres; y es también un deber del esposo cuidar su fuente de trabajo. Así, la recomposición de los roles sigue cumpliendo con las normas morales de afecto y de ayuda mutua, pero adoptando distintas formas.